Enrique Huelva Unternbäumen

# La construcción del tiempo

## Metáforas temporales en la lengua, la literatura y la filosofía

Horizontes Universidad

Octaedro

# La construcción del tiempo

## Metáforas temporales en la lengua, la literatura y la filosofía

Enrique Huelva Unternbäumen

# La construcción del tiempo

## Metáforas temporales en la lengua, la literatura y la filosofía

Octaedro

Colección Horizontes-Universidad
Título: *La construcción del tiempo. Metáforas temporales en la lengua, la literatura y la filosofía*

Primera edición: septiembre de 2023

© Enrique Huelva Unternbäumen

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
octaedro@octaedro.com
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19900-12-8

Corrección: Xavier Torras
Maquetación: Fotocomposición gama, sl
Diseño y producción: Octaedro Editorial

# Índice

1. Introducción: la independización conceptual del tiempo . . . . . 9

2. Corporeidad, metáforas temporales y la conceptualización cotidiana del tiempo . . . . . 21

3. La conceptualización estética y filosófica de la temporalidad: ¿más allá de nuestros conceptos cotidianos? . . . . . 39

4. *Como si el tiempo quisiera detenerse*. Metáforas conceptuales de la atemporalidad en textos literarios . . . 59

5. Las metáforas temporales de nuestro tiempo . . . . . 77

Bibliografía . . . . . 95

# 1

# Introducción: la independización conceptual del tiempo

El tiempo es una de nuestras grandes metáforas, quizás la más trascendental de todas. Depende de ella, en gran medida, nuestra posibilidad de vivir en sociedad, de coordinar las acciones de millones (y de miles de millones) de individuos de tal forma que de ellas emerja y se sustente el complejo enmarañado social de sincronías, simultaneidades y sucesiones que compone nuestro moderno mundo de la vida: me levanto a las siete; desayuno mientras veo las noticias en la tele y respondo algunos mensajes en el móvil; a las ocho llevo el niño a la escuela, para dirigirme después al trabajo que empieza a las nueve; me viene a la memoria que a las dos he quedado con un amigo para comer y que se está acercando ya el plazo final para entregar la declaración de la renta. Es difícil de imaginar que eso que con tamaña ubicuidad y con una omnipotencia casi despótica domina nuestras vidas (y nuestra muerte) sea, en esencia, algo construido por el propio ser humano. Pero lo es.

Todo lo que pensamos, todo lo que sabemos y sabemos decir e incluso lo que sentimos a cerca del tiempo es resultado de esta construcción. Y, por añadidura, también todo lo que sabemos sobre el uso social del tiempo, es decir, sobre la ordenación de nuestras acciones y actividades en sociedad, resulta de esta construcción.

La construcción del tiempo es un fenómeno multifacético. Posee, por lo menos, una dimensión social, una dimensión evo-

lutiva o histórica, una dimensión cognitiva o conceptual y una dimensión semiótica. El presente libro está dedicado especialmente a las dos últimas. Para entenderlas y contextualizarlas debidamente, es imprescindible, con todo, discurrir brevemente también sobre las dos primeras. Es lo que vamos a hacer en esta introducción.

Quien, como yo, vive en la región del Cerrado brasileño sabe que cuando el estridor de la primera cigarra sesga el silencio de la noche achicharrante de algún día a principios de octubre, ya no está distante el inicio de la estación lluviosa. Para los agricultores de la zona, la llegada del *canto de las cigarras* es una señal inequívoca de que deben ultimar los preparativos del plantío de la soja, del maíz o de la mandioca para que la tan esperada lluvia pueda empezar la germinación. Esta lectura de algún fenómeno recurrente (cíclico) de la naturaleza (canto de las cigarras) para prever, o sea, poder saber con una antecedencia provechosa la ocurrencia de otro más relevante para el ser humano (lluvia) o determinar el *tiempo cierto* para ejecutar alguna acción (plantío) es, seguramente, el primer método usado por el ser humano para *calcular el tiempo*. Curiosamente, este método ancestral subsiste hasta los días de hoy y coexiste con los modernos y sofisticados calendarios, relojes y cronómetros.

En su clásico libro sobre este asunto, *Primitive Time-Reckoning*, Martin P. Nilsson ofrece una infinidad de ejemplos del empleo de este método por antiguas culturas y sociedades. Veamos algunos. En muchas culturas africanas y suramericanas, para determinar el tiempo a lo largo de un día, se toma como referencia la dislocación del Sol desde su nacimiento hasta su puesta. El transcurso del tiempo generalmente se indica con los brazos extendidos. Así, por ejemplo, los waporogo del África oriental estiman las divisiones del día a partir de la posición del Sol, que indican con el brazo extendido. Cuando el brazo está levantado verticalmente, significa que son las 12 del mediodía, y las demás horas del día las pueden indicar mediante una mayor o menor inclinación del otro brazo en correspondencia con las otras posiciones que ocupó u ocupará el Sol en el cielo (Nilsson, 1920: 18). También muchas de las culturas indígenas brasileñas utilizan la refe-

rencia a la posición del Sol durante el día y de la Luna y las estrellas durante la noche para determinar el transcurso del tiempo y regular sus actividades del cotidiano, en especial sus viajes (Afonso, 2003).

Para la identificación de las estaciones, así como de las labores agrícolas que tienen que ser realizadas en cada una de ellas, se emplea el mismo procedimiento. Valgan como ejemplos para ilustrar este hecho, junto al caso del Cerrado brasileño mencionado anteriormente, algunos más extraídos también de la obra de Martin P. Nilsson. Los indios de Pensilvania dicen que, cuando la hoja del roble blanco, que brota en primavera, es tan grande como la oreja de un ratón, es tiempo de plantar maíz. En Nueva Zelanda, las plantas y los pájaros que aparecen regularmente en determinados momentos del año son interpretados como señal de que se acerca el momento adecuado para comenzar ciertas labores agrícolas. Dos especies de cucos migratorios, *Cuculus piperatus* y *nitens*, que aparecen por navidad en las costas, señalan el período de la primera cosecha de patatas. El florecimiento de la hermosa *Clematis albida* recuerda a la gente que ha llegado la hora de preparar la tierra para la siembra de patatas, que se lleva a cabo en octubre. Para los tonganos, el brote de las nuevas hojas de la caoba y de la sala indica que el invierno está llegando a su fin y que se está aproximando el *pequeño calor* (primavera) y, con ello, también la necesidad de preparar los campos para el plantío (Nilsson, 1920: 50-51).

Del análisis de estas y de muchas otras culturas, Nilsson llega a una conclusión que posee una relevancia especial para el entendimiento del proceso de construcción del concepto de *tiempo*. El hecho de que muchas culturas antiguas diferenciaran estaciones y las labores sociales (sobre todo agrícolas) pertinentes a cada una de ellas no implica automáticamente que poseyesen ya la noción de *año*. La alternancia entre una estación seca y otra lluviosa o una fría y otra caliente no supone que se interpretara como la sucesión de dos unidades temporales parciales que se conjugaban para formar una unidad temporal superior llamada año. Desde una perspectiva histórica, podemos decir que la experiencia de la estación es un fenómeno original, mientras que